

Mediaciones Sociales

ISSN-e: 1989-0494

<http://dx.doi.org/10.5209/meso.68581>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

La ética de los monstruos

Chaves Gil, J. Ignacio “Iñaki”¹

Recibido: 31 de marzo de 2020 / Aceptado: 15 de junio de 2020

Resumen. Las representaciones alrededor de personalidades complejas, tal vez físicamente deformes, psicológicamente desviadas o de comportamientos “cruels”, han contribuido a la construcción de ciertos imaginarios sobre esos “monstruos” para intentar mantenernos al margen de sus actos y pensamientos, para no “contagiarnos”. Como si los demás no fuéramos también, de alguna manera, “monstruos”.

El temor a lo extraño, a lo diferente, a lo que se sale de la “normalidad” impuesta, nos hace comportarnos también como monstruos frente a las personas distintas, ya lo sean por su físico, su religión, su ideología, sus opciones sexuales o cualquier otro atributo que los haga disímiles.

Palabras clave: ética; monstruos; sociedad; diversidad; exclusión.

[en] The ethic of monsters

Abstract. The representations around complex personalities, perhaps physically deformed, psychologically deviant or of “cruel” behaviours, have contributed to the construction of certain imaginaries about those “monsters” in order to try to keep us away from their actions and thoughts, so as not to “infect” us. As if the others were not also, in some way, “monsters.” The fear of what is strange, what is different, what comes out of the imposed “normality”, makes us behave like monsters in front of different people, be it because of their physicality, their religion, their ideology, their sexual options or any other attribute that makes them dissimilar.

Keywords: ethics; monsters; society; diversity; exclusion.

Sumario. 1. Introducción. 2. Los monstruos otros. 3. Monstruos o superhéroes. 4. Del ángel caído al sueño de la razón. 5. Humanismo. 6. Conclusiones desde la universidad. 7. Bibliografía.

Cómo citar: Chaves Gil, J. I. La ética de los monstruos, en *Mediaciones Sociales*, 19(2020), e68581. <http://dx.doi.org/10.5209/meso.68581>

1. Introducción

Según la referencia que hace Adela Cortina (2010), la neuroética comenzó, para William Safire, uno de los fundadores de esa nueva ciencia, con Frankenstein. Para el que fuera director de la Fundación Dana², la neuroética se encarga del “examen de lo que es correcto o incorrecto, bueno o malo, acerca del tratamiento, perfeccionamiento, intervenciones o manipulaciones del cerebro humano” (Safire, 2002: 3). Entonces, ese saber apareció en 1816 de la imaginación de Mary Shelley al crear un nuevo ser, un “monstruo”. Tendremos que suponer que en esa nueva vida que el doctor Frankenstein produce había ya una cierta moral y que su existencia hizo aparecer esa nueva rama del conocimiento que reúne en sí a la neurología y a la ética.

La pregunta es: ¿por qué dialogar en torno a la ética de los monstruos? Es una propuesta que se justifica en cómo esos monstruos, famosos la mayoría, han colaborado a la construcción de un imaginario colectivo y eso tiene, o debería tener, un trasfondo ético. Algo que, desde los medios y, sobre todo, desde la academia deberíamos plantear a la sociedad y a nuestros estudiantes para poder dialogar sobre la ética de los monstruos, o de la ausencia de esta.

¹ Doctor en Comunicación y Ciencias Sociales, forma parte del Grupo de Investigación Laboratorio de Comunicación y Cultura – COMandalucía (Universidad de Málaga). Investigador junior de Colciencias (Colombia). Es miembro de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación (AE-IC), la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) y la Federación Internacional de Periodistas (IFJ-FIP). Autor del blog pateras al Sur. / ichaves61@gmail.com / <http://orcid.org/0000-0002-7820-1051>

² La Fundación Dana es una organización privada de carácter filantrópico que se dedica a estudiar la comprensión del cerebro <https://www.dana.org/>

El propio Frankenstein -el monstruo, no el doctor que lo hizo regresar a la vida- se queja de su lugar en el mundo y culpa a su creador por cómo lo han tratado. Es una demanda con la que seguro estarían de acuerdo todos y cada uno de los monstruos que nos han acompañado a lo largo de la historia del ser humano.

La neuroética abriría, supuestamente, un nuevo mundo de posibilidades para la mejora de las capacidades humanas, para buscar la “perfectibilidad” del hombre. Algo que va en contravía de lo que realmente se produce en la ciencia y en la sociedad. Mientras la primera quiere “monstruos” perfectos, que mejoren la raza y sus cualidades, la segunda crea seres que minan la credibilidad en la propia raza humana. El moderno Prometeo sería un aviso para prevenirnos ante los desmanes de la ciencia y de la política que la financia, que siempre van a estar del lado del poder.

2. Los monstruos otros

La neuroética lo que pretende es estudiar las cuestiones éticas que hay detrás de los comportamientos humanos derivados del conocimiento del cerebro y sus prácticas. Tal vez desde ahí se podría abordar la ética de los monstruos para comprender que todas y todos llevamos dentro nuestras propias desviaciones y deformaciones.

Escribía Antonio Gramsci (2006) que, mientras un mundo se muere de viejo hay otro mundo nuevo naciendo que tarda en aparecer. Y que es en ese tiempo que transcurre sin espacio dónde se dan las luces y las sombras que hacen surgir los monstruos. Pero algunos de esos monstruos son creados por el poder para evitar que pensemos por nosotras mismas como personas libres y autónomas.

Como seres que conformamos sociedades diversas y complejas, tendríamos que preguntarnos qué tan éticas somos frente a las demás, frente a las distintas. ¿Quién ha creado verdaderamente esos monstruos?, ¿qué los ha provocado y los ha hecho existir en la sociedad y en la ciudadanía en cualquier tiempo? La reflexión gira en torno a si puede existir la ética de los monstruos, los comportamientos éticos entre los así considerados y, lo más importante, entre quienes nos creemos que no somos ningún ser monstruoso, pero actuamos muchas veces como si lo fuéramos.

La igualdad y el reconocimiento no son posibles si solamente vemos monstruos en los demás, en los diferentes, y no somos conscientes de los nuestros, de los que llevamos dentro. Frankenstein, uno de los monstruos por excelencia de la literatura universal (Shelley, 2010), no está solo, aunque él mismo afirme que lo está, incluso, dice, más solo que aquel ángel caído expulsado del cielo por “diferente”, por tentar a los demás a que se pecara pensando y del que hablaremos más adelante.

¿Qué han producido los monstruos en la ciudadanía? Evidentemente, no podemos realizar un estudio de impacto ni saber de su incidencia general, tan solo podemos arriesgar que hay presencia de monstruos en nuestras vidas y que eso nos ha hecho tomar ciertas decisiones, modificar algunos de nuestros sentimientos, alterar nuestras percepciones y cambiar muchas veces nuestros comportamientos.

En suma, los monstruos han transformado nuestros conceptos sobre muchos temas, lo que ha hecho que cambiemos nuestra mirada, nuestro pensar y nuestro sentir acerca de varias de nuestras realidades cotidianas. Tal vez de una manera inconsciente, como muchas veces actúan la literatura y el cine en nuestros cerebros. Sin darnos cuenta, pero con unos resultados que podríamos suponer que han “pervertido” nuestra psique.

Desde la escuela y desde los creadores de opinión, nos han mostrado siempre como sádicos asesinos, como seres “monstruosos”, a personajes como Jack el Destripador o el Estrangulador de Boston. El primero, un desconocido al que se le atribuyen las muertes violentas de cinco mujeres en el Londres de finales del siglo XIX; el segundo, un sujeto que se declaró culpable, bajo hipnosis, del asesinato de trece mujeres en los años sesenta del siglo pasado en la capital norteamericana del estado de Massachusetts.

Nadie nos ha dicho nada parecido de Henry Kissinger, un destacado y “respetable” protagonista de nuestra historia contemporánea, uno de los padres de la Escuela de las Américas, la “reconocida” institución militar tristemente famosa por ser la cuna del adiestramiento de algunos de los militares golpistas latinoamericanos y que dedicó sus enseñanzas y sus esfuerzos a perseguir y eliminar a miembros de las izquierdas del continente. Tal “señor” fue, entre otras muchas cosas de parecida índole, uno de los cerebros detrás de las dictaduras de Pinochet en Chile y de los generales en Argentina. Es judío, germano-norteamericano y miembro de la dirección del Club Bilderberg, la institución que, desde las sombras, gobierna y controla el mundo y persigue hasta su eliminación al “peligroso” comunismo. Kissinger, pese a ser conocida su labor de instigador de crímenes de lesa humanidad, recibió el premio Nobel de la Paz en 1973.

Deberíamos denunciar y avergonzarnos de algunos monstruos y de todo tipo de violencias, y no solamente de la que ha sido ejercida por los otros monstruos, los de los demás. Pensemos en el ejemplo de Erasmo cuando Zweig nos cuenta de sus virtudes:

El humanismo, impuesto sin violencia, únicamente con el poder de difusión y convicción del trabajo espiritual deplora toda violencia. (...) La actitud espiritual de Erasmo no es la de someter a los hombres a sus ideales humanistas y humanitarios con la intolerancia, como los príncipes y las religiones que le precedieron, sino convencer pacíficamente atrayéndolos con su claridad (...) El humanismo no es imperialista, no conoce enemigos ni quiere siervos.” (Zweig, 2005: 94-95).

Pero los príncipes, monarcas, presidentes, generales, primeros ministros y demás gobernantes que le han sucedido a lo largo de la historia han continuado siendo imperialistas y buscando enemigos que abatir y esclavizar.

3. Monstruos o superhéroes

De una u otra manera, los monstruos proponen modificar el *statu quo*, pretenden cambiar la situación de “normalidad” comúnmente aceptada y hacen tambalear las estructuras sociales. Pero para evitarlo están esos superhéroes que, a la manera de lo que Hollywood nos ha vendido con el séptimo de caballería, llegan para salvarnos de cualquier cambio. Y tontos de nosotros, les aplaudimos. Es curioso que cuando son de los nuestros los llamemos superhéroes y cuando son de “los otros” los denominemos monstruos.

Algunos de los clasificados dentro del primer grupo, superhéroes, eliminaron a los indios de Norteamérica, habitantes primigenios de esas tierras, respetuosos de los demás y de la madre tierra, y nos convencieron de que eran malos porque saqueaban, violaban y cortaban cabelleras. Cuando resulta que las dos primeras eran recursos usados por el ejército de la Unión y lo último lo aprendieron de los soldados franceses y británicos que eran quienes les cortaban a los indios caídos en combate sus pelambreras para demostrar que los habían abatido.

Los medios masivos de difusión de noticias, con la televisión a la cabeza, nos han persuadido de que los malos eran siempre los otros. Casualmente, esos otros son distintos de los blancos, occidentales y judeocristianos. Por su color de piel, por su procedencia geográfica o por sus creencias religiosas. Y había, y hoy en día por desgracia sigue siendo así, que exterminarlos.

También la educación nos ha colonizado el pensamiento y nos ha vendido sus propios monstruos (Chaves, 2019). Como ese simplón de Colón del que nos dicen que descubrió América, cuando él ni siquiera sospechaba lo que había hecho, y que su llegada nos hizo un favor al “educar” a sus “incultos” habitantes. Eran también monstruos que trajeron la “civilización” y que venían a cristianizar el nuevo mundo, porque esa era la verdad divina. Sí, todavía, en parte, seguimos reivindicando nuestros ancestros e identidades propias, pero luego nos santiguamos con el dios católico que nos invadió.

El mestizaje, que enriquece culturas y personas, ha sido una mezcla impuesta en la que sigue predominando el poder de los conquistadores. Dicen que respetan las diferencias, pero lo hacen siempre que no den guerra ni reclamen derechos. Aceptan cierto reconocimiento del distinto, pero no la igualdad ni la equidad. Esos no eran superhéroes sino monstruos.

No pensamos éticamente, no reflexionamos con una mente ética que tenga en cuenta la responsabilidad, la solidaridad y la comprensión del otro (a) tal como señala Morin (2006). Y lo peor es que no nos damos cuenta. Enrique Dussel nos advierte de cómo aquel descubrimiento de 1492 fue realmente un encubrimiento del otro. Fue la imposición de la exclusión y el exterminio. Para sobrevivir, y nada te lo garantizaba, tenías que aceptar las órdenes del invasor. Dussel reclama una filosofía del diálogo o de la liberación, para darle libertad al oprimido, al excluido, en suma, al otro; para poder hacer frente a los monstruos venidos de otras tierras.

Ese trato inhumano y degradante ya lo habían hecho antes con los judíos y con los musulmanes en la península ibérica “los cristianos ocuparon Málaga, cortando a cuchillo las cabezas de los andaluces musulmanes en 1487, así también les acontecerá a los ‘indios’, habitantes y víctimas del nuevo continente ‘descubierto’” (Dussel, 1994: 9).

Su lema era: “o con nosotros o contra nosotros” (¡qué pena!, me recuerda cierta frase de algún político presidente latinoamericano). Además de ignorar al continente y sus habitantes, nos vendieron el mito de la modernidad y con él la falacia del desarrollismo, pero ese es otro tema.

Hay que ponerle pensamiento ético a la historia, hay que pensar. ¿Por qué no lo hacemos? No es tan difícil. Es solamente cuestión de voluntad y de práctica, hacerlo es gratis y no hacerlo nos puede costar muy caro. Escuchar, ver, pensar, leer, escribir, narrar, volver a escuchar y reflexionar. Históricamente, la falta de valores éticos nos ha perjudicado a todas y a todos, sociedades y seres humanos. Lo que no significa ser “moralistas anacrónicos”, sino, como señala Cortina recordando a Ortega y Gasset, diferenciar entre tener moral o estar desmoralizados, dos actitudes opuestas que pueden hacer o impedir que las personas y los pueblos puedan vivir de buena manera con arreglo a valores compartidos (2012).

4. Del ángel caído al sueño de la razón

Anteriormente mencionamos al ángel caído, aquel ser alado tildado como monstruo por engañar a los seres humanos para que pecaran y expulsado por ello del edén. ¡Qué paradoja! Los medios y los poderes nos engañan, y nos creemos sus mentiras, a diario. ¿Cuántos tendrían que ser expulsados de la Tierra por ello?

Nuestros dioses y nuestros monstruos. Nosotros y nuestros fantasmas que construimos al antojo de nuestros intereses, o condicionados consciente o inconscientemente por los intereses de otros monstruos, sin pensar en las consecuencias para los demás. Supuestamente expulsaron a un ángel del edén y le castigaron a vivir en la Tierra, en esta maravillosa parcela del planeta azul y verde que tenemos y que es un verdadero paraíso, aunque esté lleno de serpientes.

Uno de esos ángeles o monstruos era Lucifer, término que viene de luz, de iluminación, y al que convirtieron, por contrariar y desobedecer, en Satán, que parece ser que significa “adversario”. Así que todo lo que vaya en contra del poder establecido, del pensamiento único que nos gobierna, debe ser eliminado. Tiene que ser excluido por distinto, porque pone en duda “su” realidad y nos puede hacer ver que, al menos, hay dos caras en cada moneda. Cosa que, la mayoría de las veces, incomoda al poder y evita que sepamos.

Monstruos en la historia, en las religiones, en la literatura, en el cine... También los ha habido y los hay en la pintura. Si el sueño de la razón produce monstruos³, como nos dibujara el gran maestro Francisco de Goya y nos explica Matilla (2008), la sinrazón sin sueños los instaura y los perpetúa. En una época algo tenebrosa, como casi todas, con la Inquisición haciendo de las suyas y con una monarquía absolutista, había que soñar y dejar volar la imaginación para crear y producir. ¿Qué tan cierto será que la fantasía, si es abandonada por la razón, produce monstruos? Es verdad que la imaginación ha creado monstruos, en la literatura o en el cine (frankensteins, dráculas, hombres lobo, godzillas, señores Hyde o doctores Jekyll), pero la realidad ha superado con creces esas fantasías. Son más las muertes y exclusiones reales que las ficticias. Hoy los monstruos desbordan las páginas y las pantallas: explotación laboral y sexual, disminución de derechos sociales, migraciones, empobrecimiento, guerras, epidemias, contaminación, pérdida de biodiversidad, en fin, fronteras y más fronteras que producen un verdadero monstruo: una grave crisis de valores.

Tal vez los monstruos de Goya no eran lo que la gente cree. Quizás aquellos estaban fundados en un nacionalismo barato que pensaba que eran lágrimas por un país sombrío e invadido por las legiones francesas de Napoleón. Más bien deberíamos pensar que era al revés, que de allende los Pirineos lo que venía era la Ilustración. Con todos sus riesgos sí, con todos sus monstruos, pero no peores que los ya existentes y era, al fin y al cabo, con sus pros y sus contras, ilustración. Craso error fue echar a los franceses, porque el país quedó entre tinieblas, sumido en un vacío cultural y atrasado respecto al resto de la Europa del siglo XIX. Igual que había ocurrido siglos atrás al arrojar de la península a los musulmanes, otros “monstruos” creados por los mitos nacionalistas de los vencedores que escribieron la historia (Márquez Villanueva, 1999); expulsión que hizo que en España se perdiera pluralismo y que las artes y las ciencias quedarán algo más huérfanas al dejar de contar con una población que había aportado, durante mucho tiempo y en paz, cultura, pensamiento y grandes avances técnicos.

¿Cuántas veces nos equivocamos de monstruos? También Colombia, que, supuestamente, es la democracia más antigua del continente latinoamericano cuando nunca ha disfrutado en realidad de ella. Un país que no ha padecido una verdadera guerra, pero que está, desde hace décadas, sumida en un conflicto armado en el que monstruos de diferente ideología e intereses, mantienen la guerra contra una sociedad compleja y asolada en la que reinan la desigualdad y la exclusión de lo distinto. Un territorio en el que a cada sueño de paz (un acto de fe) le ha sucedido también su respectiva desilusión (Ruiz, Múnera y Chaves, 2019), producida en parte por los monstruos que ha originado y vendido y por los que se mantiene, en parte, aterrorizada.

5. Humanismo

Deberíamos recurrir a un humanismo como el que nos legó el citado Erasmo. Uno de los grandes del pensamiento y cuya obra *Elogio de la locura* (1999) nos presenta cómo la necedad, la estulticia, parece hacer más feliz al ser humano al no tenerse que preocupar por pensar. Es, en el fondo, una crítica satírica a la ignorancia, uno de los “monstruos” más peligrosos para la humanidad.

En el siglo pasado, Saramago, otro escritor humanista, nos hizo ver esa locura humana a través de su libro *Ensayo sobre la ceguera*. Otra manera de hacernos reflexionar sobre esa falta de visión que nos hace ser seres egoístas e ignorantes, que nos despoja de valores, que nos roba la ética y que no nos permite meditar y debatir desde una perspectiva crítica “Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven.” (Saramago, 2001: 424).

También en esa línea de estupidez y ceguera se expresaba Cipolla en su *Allegro ma non troppo* cuando establecía las “Leyes fundamentales de la estupidez humana”. Él plantea que siempre subestimamos el número de estúpidos que circulan por el mundo. Un grupo que comparte con otros tres la existencia sobre la Tierra, los incautos, los malvados y los inteligentes. Por desgracia, los colectivos que más abundan son los estúpidos y los malvados. Los primeros causan daño a otros sin obtener a cambio un beneficio o, incluso, consiguiendo un perjuicio. Los segundos son los que para obtener su beneficio causan daños a los demás (Cipolla, 1991). En cualquier caso, una falta de humanismo, una ausencia de ética que establece diferencias sociales que marginan a una parte de la sociedad frente a otra.

Tan dañinos son los unos como los otros, pero los malvados son más peligrosos puesto que actúan a conciencia y con conocimiento de causa. Son los que ponen en marcha sus monstruos contra la sociedad y culpan después a los demás por su estupidez, por “crear” en monstruos y por las consecuencias.

Hay demasiados actores que arrastran a demasiados monstruos. Somos hijos de nuestros días y decimos palabras que son echadas al fuego para no pecar. Como si hablar fuera pecado y actuar la condena por haberlo hecho. La

³ Francisco de Goya pintó *El sueño de la razón produce monstruos*, obra con la que, según consta en la ficha del Museo del Prado, pretendía “flagelar la ignorancia del pueblo, los vicios de los monjes y la estupidez de los grandes”. Disponible en: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/el-sueo-de-la-razon-produce-monstruos/e4845219-9365-4b36-8c89-3146dc34f280>

ignorancia del ser humano ha quemado las palabras de la cultura y los libros que las contenían, permitiendo que permanezcan vivos los monstruos que nos dominan por nuestra propia ignorancia.

Como recuerda Galeano (2012), en la invasión de Egipto llevada a cabo por el Imperio Romano, con Julio César a la cabeza, se quemó la biblioteca de Alejandría; dos mil años después, el allanamiento salvaje de Irak por parte del ejército estadounidense, con G.W. Bush al frente, aunque desde su despacho, hizo cenizas la biblioteca de Bagdad. Los cultos y desarrollados dieron una “lección” a los atrasados y subdesarrollados que, culturalmente, nos llevaban siglos de ventaja. Eso sí, luego se encargaron de echarle la culpa al enemigo, a otro monstruo que surgió de sus acciones, los terroristas de Al Qaeda o, ahora, del Estado Islámico.

Necesitamos retomar el humanismo y ponerlo en marcha desde una visión mestiza de la realidad para poder enfrentar los monstruos que nos persiguen. Elaborar valores comunes con un humanismo mestizo universal (Naïr, 2010) que nos permita abrir la mirada y no excluir a las personas por ser otros, por sus diferencias, por ser considerados equivocadamente “monstruos”.

6. Conclusiones desde la universidad

¿Qué les enseña la universidad a sus estudiantes? ¿Les contamos las otras verdades? ¿Les hablamos de los otros monstruos? ¿O seguimos impartiendo la misma vieja cantinela que señala a los otros, a los distintos, a los excluidos como los malos de las películas a través de las cuales aprendemos de la vida?

Seguimos inculcando el temor a los pobres, a las personas habitantes de calle que, en una ciudad como Bogotá, por ejemplo, se cuentan a cientos. Pero no les enseñamos a temerle a la pobreza y a las causas que la producen; a la inequidad social y a la violencia estructural que nos separan en dos bandos y a esa educación y a esos medios que nos dicen que hay que estar en el lado de los “buenos”, y que esos son los que nos pueden salvar. Cuando a ese grupo se accede excluyendo al otro, compitiendo a muerte con ella o él, pisándole y poniéndole zancadillas para que no nos contagie su monstruosidad, o para que no nos gane en no se sabe qué carrera por conseguir no sabemos qué.

Nos educan para estar en un lado y mirar a los demás como monstruos. Nos gobiernan, como dijo Pinter, con “una profunda hipocresía: ‘ellos’ los monstruos, ‘nosotros’ los buenos” (citado en Merrit, 1995: 178). ¿Alguna vez nos hemos detenido a mirar el monstruo que todos llevamos dentro? Reconocernos y conocer la ética de nuestros monstruos es el primer paso para la vida pacífica en sociedad. Tolerancia, sí. Pero no es suficiente. A veces hay que ser intolerante, con la violencia, con la injusticia, con la corrupción... Primero, personas: éticas, comprometidas, solidarias y responsables, con conciencia crítica y criterio para poner en contexto. Después, profesionales.

Esa debería ser la tarea de las personas que están dedicadas, que estamos de una u otra manera dedicadas, a intentar formar en valores. Deberíamos hacer uso del acto educocomunicativo⁴ para fomentar ese humanismo mestizo que contribuya a que seamos capaces de entender la necesidad de la ética, de la comprensión del otro (a), de la solidaridad y el respeto para saber ser y estar en el mundo.

Finalmente, la neuroética de la que hablábamos al principio era de alguna forma una excusa para introducir a esos monstruos que nos enseñan de la diversidad del mundo, ya sea desde las realidades que nos rodean o desde el arte, la literatura y el cine, y a los seres vivos que lo habitamos y que somos también, a nuestra manera, otros monstruos de mil y una condiciones y variedades.

Mientras escribía este texto me acordé de una fecha, de un 28 de octubre de un lejano año en la historia. En ese día, en el año 1769 de nuestra era común, nació en la ciudad de Caracas (Venezuela) Simón Rodríguez, el Loco⁵. Un personaje que fue bautizado como:

párvulo expósito, hijo de nadie, pero fue el más cuerdo de la América hispánica. (...) Él decía que nuestros países no son libres, aunque tengan himno y bandera, porque libres son quienes crean, no quienes copian, y libres son quienes piensan, no quienes obedecen. Enseñar, decía el Loco, es enseñar a dudar (Galeano, 2012: 340).

Le decían el Loco, otra manera de marcar a un monstruo, a otro tipo de monstruo, uno más. Pero este sujeto “perturbado”, “desequilibrado”, tuvo como característica monstruosa, por la que fue señalado en vida y poco reconocido tras su muerte, la de ser un gran pensador, un defensor de la educación popular y haber ejercido como tutor y mentor de Simón Bolívar, uno de los libertadores de *Abya Yala* (nuestra América).

Así somos y así tratamos a nuestros monstruos, a los que la sociedad, los poderes y los medios nos “educan” a tratar como tales sin enseñarnos a pensar críticamente que la monstruosidad, como la belleza, son características subjetivas que debemos mirar con ojo crítico y razonamiento pausado. Tenemos que enseñar a pensar y a dudar, desde un pensamiento ético y reflexivo que nos permita valorar la diversidad y las diferencias y poder decidir autónomamente, cómo queremos ver a nuestros propios monstruos y a los que representan los demás.

⁴ “El hecho educativo es, esencialmente, un hecho comunicativo.” Para leer y entender sobre el término educocomunicación <http://www.uhu.es/cine.educacion/didactica/0016educocomunicacion.htm>

⁵ Simón Carreño Rodríguez, filósofo y ensayista venezolano, defensor de la educación pública y tutor intelectual de Simón Bolívar. https://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/rodriguez_simon.htm

7. Bibliografía

- Chaves, J.I. (2019). "Pensamiento decolonial o descolonizar el pensamiento: una reflexión inconclusa". En *Brazilian Journal of Development*, Curitiba, v. 5, n. 6, p. 5194-5210, jun. 2019. ISSN 2525-876.
- Cipolla, C.M. (1991). *Allegro ma non troppo*. Barcelona: Crítica.
- Cortina, A. (2012). "Ética en tiempos de crisis". En *El País*, julio 1 de 2012. Consultado el 7 de noviembre de 2019. Disponible en:
https://elpais.com/elpais/2012/06/13/opinion/1339587064_162579.html
- Cortina, A. (2010). "Frankenstein: el origen de la Neuroética". En *El País*, octubre 17 de 2010. Consultado el 23 de octubre de 2019. Disponible en:
http://elpais.com/diario/2010/10/17/opinion/1287266405_850215.html
- Dussel, E. (1994). *1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Erasmus (1999). *Elogio de la locura*. Madrid: Espasa.
- Galeano, E. (2012). *Los hijos de los días*. Madrid: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (2006). *Cartas desde la cárcel*. Caracas: Fundación editorial el perro y la rana.
- Márquez Villanueva, F. (1999). *El Problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Ediciones Libertarias-Prodhufi.
- Matilla, J. M. (2008). "Caprichos", en *Goya en tiempos de guerra*, Madrid: Museo del Prado, pp. 170-171, n. 21.
- Merritt, S. H. (1995). *Pinter in Play: Critical Strategies and the Plays of Harold Pinter*. Durham and London: Duke University Press.
- Morin, E. (2006). *El método 6. Ética*. Madrid: Cátedra.
- Naïr, S. (2010). *La Europa mestiza. Inmigración, ciudadanía, codesarrollo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ruiz, G., Múnera, B. y Chaves, J.I. (2019). "Más allá de la ilusión de paz en Colombia. Articulación de voces locales contra la violencia narrativa", en Chaves, J.I., Múnera, B. y Ruiz, G. (coords.). *Narrativas de paz, voces y sonidos. Análisis de la paz en Colombia desde la comunicación*. La Laguna (Tenerife, España): Sociedad Latina de Comunicación Social y Uniminuto.
- Safire, W. (2002). "Visions for a New Field of 'Neuroethics'", en Marcus, S. J. (ed.): *Neuroethics. Mapping the Field*. New York: The Dana Press, pp. 3-9.
- Saramago, J. (2001). *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid: Alfaguara.
- Shelley, M. (2010). *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Madrid: Anaya.
- Zweig, S. (2005). *Erasmus de Rotterdam. Triunfo y tragedia de un humanista*. Barcelona: Paidós Ibérica.